



puntos de referencia

CENTRO
DE ESTUDIOS
PÚBLICOS

EDICIÓN DIGITAL
N° 570, JUNIO 2021

HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

CICLO *LA IZQUIERDA CHILENA: MIRADAS DESDE EL PRESENTE* (1)

La izquierda chilena: continuidades y mutaciones

ALFREDO RIQUELME SEGOVIA

Referentes teóricos e intelectuales de la nueva izquierda chilena

IVETTE LOZOYA

El ciclo *La izquierda chilena: miradas desde el presente* fue organizado por el Centro de Estudios Públicos en tres sesiones que se realizaron en marzo de 2021. En este *Puntos de Referencia* se incluyen las contribuciones de Ivette Lozoya y Alfredo Riquelme Segovia, así como las preguntas del público al final de las conferencias. Este encuentro tuvo lugar el martes 16 de marzo 2021. La versión en video está disponible en el canal de YouTube del Centro de Estudios Públicos en <https://www.youtube.com/watch?v=Lp3fSLBb7Pg>.



La izquierda chilena: continuidades y mutaciones

ALFREDO RIQUELME SEGOVIA

- La izquierda chilena, una vasta comunidad cuyos integrantes comparten un mismo horizonte de expectativas de transitar del capitalismo al socialismo, llega a integrar a alrededor de un millón de ciudadanos y ciudadanas, convirtiéndose en un sujeto colectivo que incide de modo determinante en la trayectoria histórica del país durante la década de 1960.
- Encabezada por Salvador Allende, realiza entre 1970 y 1973 el intento más innovador entre las izquierdas del mundo de la Guerra Fría, orientado a hacer compatible una revolución de orientación socialista con la democracia y la legalidad; pero fracasa en la canalización de la conflictividad social y política, lo que descarrila el proceso hacia la ingobernabilidad y la derrota.
- Sus organizaciones y su cultura política sobreviven al pomicidio perpetrado entre 1973 y 1976 por el régimen de Pinochet para hacerla desaparecer; pero distintas elaboraciones de la catastrófica derrota, las clandestinidades y los exilios, producen en la izquierda chilena una progresiva renovación y división ideológica, en la que la orientación socialdemócrata se vuelve hegemónica hacia fines de la década de 1980, junto al fin de la dictadura en el país y de la Guerra Fría en el mundo.
- Con todo, algunos de los rasgos más esenciales de su identidad histórica —orientación socialista e imaginación revolucionaria— persistieron hasta la actualidad, adquiriendo renovado alcance y visibilidad en el marco del estallido social de 2019 y del proceso constituyente en curso.

Palabras clave: izquierda, reforma, revolución, vía chilena al socialismo, comunidad imaginada, Partido Comunista, Partido Socialista, democracia

ALFREDO RIQUELME SEGOVIA. Es Licenciado en Historia de la Universidad Católica de Chile (1981) y Doctor en Historia por la Universitat de Valencia (2003). Actualmente es Profesor Titular del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y jefe del Departamento de Historia Universal. Su trabajo de investigación y docencia se orienta al estudio de la interacción entre las dimensiones nacional y global en los fenómenos ideológicos y políticos de la historia contemporánea, así como a la teoría y la historia de la historiografía. Más información en: <http://historia.uc.cl/Planta-Ordinaria/riquelme-alfredo.html>. Email: ariquels@uc.cl.

Este documento de trabajo ha sido elaborado sobre la base de la ponencia presentada en la sesión “Fundamentos históricos y doctrinarios de la izquierda en Chile” del ciclo La izquierda chilena: miradas desde el presente, organizado en marzo de 2021 por el Centro de Estudios Públicos (CEP). Agradezco al CEP y particularmente a Aldo Mascareño que condujo nuestra sesión, así como a Ivette Lozoya, con quien contrastamos y compartimos miradas en la misma mesa virtual. La reflexión e investigación sobre la que se fundamenta la he realizado en el marco del proyecto Fondecyt Regular 1180290 “La interacción entre las izquierdas de Chile y de la Europa Latina, c.1973-c.1982: socialismo, antifascismo y derechos humanos en el marco de la Guerra Fría. Una historia política y cultural desde una perspectiva global”, del cual soy investigador responsable.

Comprender a la izquierda chilena en el marco de la política mundial contemporánea¹ ha sido mi principal objeto de investigación durante largos años y lo sigue siendo en la actualidad. Desde esta perspectiva y considerando, desde luego, el arraigo de la izquierda en la sociedad nacional durante alrededor de un siglo en el que ha sido protagonista de su trayectoria, pero también objeto de proscripción e incluso de exterminio, voy a intentar compartir algo acerca de los fundamentos históricos y doctrinarios de la izquierda de Chile, de lo que ha persistido y de lo que ha cambiado, de lo que ha declinado y de lo que ha surgido, de lo que se creía acabado y parece retornar, aunque no sea lo mismo.

1.

LOS LARGOS AÑOS SESENTA

Me situaré para comenzar en la década del sesenta. Son los años que en Chile comienzan con las reformas de saneamiento democrático de 1958, que convierten al país por primera vez en una democracia electoral real. En ese tiempo, el universo de votantes coincide en gran medida con el conjunto de la ciudadanía adulta, restableciendo a la vez el pluralismo político al poner fin a un decenio de proscripción del Partido Comunista con la consiguiente eliminación de más de 26.000 ciudadanos sindicados como militantes o seguidores de ese partido en los registros electorales. Ellos, como toda la ciudadanía, ejercerían desde entonces todos sus derechos civiles y políticos hasta 1973, cuando los largos años sesenta terminan con la destrucción de todo el sistema democrático por la Junta Militar que, tras derrocar al gobierno de Salvador Allende y convertirse en dictadura soberana, ordena la eliminación de todos los registros electorales y la persecución e incluso el exterminio de los militantes de los partidos de izquierda que se resistieron a la prohibición de actuar políticamente.

Durante los sesenta, la izquierda chilena alcanzó su mayor incidencia en la orientación de la trayectoria histórica de Chile, a través de su agencia en lo político, lo cultural y lo social, a la vez que terminó de configurarse —por encima de diferencias y rasgos propios de cada uno de sus partidos u organizaciones— como una comunidad a la que adherían o sentían pertenecer millones de chilenos y chilenas. Ese carácter de comunidad extendida y transversal ha sido poco destacado en la historiografía sobre la izquierda, la cual se ha centrado más en las diferencias ideológicas entre sus diversos componentes que en el carácter ampliamente compartido de un imaginario configurado en la interacción con conceptos y representaciones de lo revolucionario difundidas globalmente en

¹ La interacción entre la política mundial y la trayectoria histórica del Chile contemporáneo ha sido uno de los principales intereses de conocimiento de Joaquín Fernandois. Aunque está presente en el conjunto de su obra, cfr. particularmente Fernandois (2004); también Purcell y Riquelme Segovia (2009), así como Harmer y Riquelme Segovia (2014).

esa época, las que incluso traspasaban la entonces porosa frontera entre la izquierda y el centro o la centro-izquierda.²

Lo que me ha conducido a estudiar a la izquierda durante tanto tiempo, es que ha sido más que un grupo de organizaciones compitiendo con otras y entre sí por el poder político, e incluso más que un conjunto de representantes o conductores políticos de amplios sectores populares y medios. Ha sido una cultura política fuertemente enraizada en la sociedad, unida en torno a un conjunto de convicciones y prácticas duraderas. En ese sentido, la izquierda chilena ha sido una cultura política que puede ser considerada asimismo una *comunidad imaginada*, en un sentido similar al que Benedict Anderson le dio al concepto para caracterizar a las naciones contemporáneas (Anderson 1993).³

Desde esa perspectiva, a la izquierda de los largos años sesenta —cuyas organizaciones principales, aunque no únicas, eran en Chile los partidos Comunista y Socialista— la visualizo como una comunidad imaginada de personas unidas por la convicción de que era posible crear un orden social en que los seres humanos estuviesen libres de la explotación, la dominación y la violencia que habían acompañado —de diversas formas y con distinta intensidad— a las sociedades históricamente existentes. Los adherentes a esa comunidad se consideraban los herederos de una larga lucha por el progreso social y cultural de los sectores más postergados de la sociedad, considerados esencialmente como trabajadores sometidos a la explotación capitalista, así como por el reconocimiento de sus derechos. Aquella lucha habría estado culminando en el mundo del siglo XX con el encuentro entre historia y utopía a través de la transición del capitalismo al socialismo. Estas personas militaban en, simpatizaban con o votaban por una u otra de las organizaciones políticas articuladas en torno a este imaginario; además, participaban mayoritariamente en movimientos sociales en los que impulsaban el alineamiento con estos ideales y objetivos; y se congregaban en entidades o desarrollaban prácticas culturales en los cuales estos ideales y objetivos eran elaborados y representados.⁴

Los adherentes a esa comunidad se consideraban los herederos de una larga lucha por el progreso social y cultural de los sectores más postergados de la sociedad.

² La atracción hacia la izquierda de la mayoría del Partido Radical y de segmentos significativos de la Democracia Cristiana es una característica de ese período de la política chilena.

³ En torno a la caracterización de la izquierda chilena como comunidad imaginada, cfr. Riquelme Segovia (2015).

⁴ Esa comunidad ha sido poco destacada en la historiografía sobre la izquierda, la cual se ha centrado en las diferencias ideológicas entre sus diversos componentes más que en el carácter ampliamente compartido de un imaginario configurado en la interacción con conceptos y representaciones de lo revolucionario difundidas globalmente en esa época, los que incluso traspasaban la entonces porosa frontera entre la izquierda y la centroizquierda.

Esa comunidad vivida e imaginada en torno a un mismo horizonte de expectativas utópico incluyó a las a veces llamadas —entonces y ahora— viejas y nuevas izquierdas, es decir, a la izquierda representada por comunistas y socialistas, pertenecientes a organizaciones surgidas en 1912 y 1933 respectivamente, y la encarnada en las organizaciones que emergieron en los largos sesenta, como el MIR, el MAPU y la Izquierda Cristiana. Pero además de las decenas de miles de militantes que llegaron a afiliarse a esas organizaciones, incluyó a más de un millón de ciudadanos y ciudadanas que votaron por ellas. Y en sus familias, establecimientos educacionales, espacios de sociabilidad, organizaciones gremiales y agrupaciones culturales, cultivaron sus convicciones y desplegaron prácticas correspondientes a estas.⁵

2.

ENTRE LAS REFORMAS Y LA REVOLUCIÓN

Hay que destacar que la izquierda chilena no era una comunidad centrada en sí misma porque en esos espacios y prácticas sociales y políticas, los dirigentes, militantes y ciudadanos de izquierda discutían, cooperaban y a menudo convergían con líderes y seguidores de lo que hoy llamaríamos el centro o la centroizquierda, de cuño socialdemócrata o democratacristiana, e incluso coexistían, negociaban y debatían permanentemente con los representantes y votantes de la derecha. No podía ser de otra manera en una sociedad como la chilena de entonces, en la cual un espacio público pluralista acogía todas estas interacciones y un sistema institucional democrático representativo se articulaba con organizaciones y liderazgos políticos sólidos y dotados de fuerte legitimidad, articulados asimismo con una sociedad civil estructurada y activa.


Ese fue el marco institucional, político y social en el que, entre 1958 y 1970, muchos de los propósitos de la izquierda convergieron con los del centro o centroizquierda, particularmente tras la reñida disputa electoral que las enfrentó en 1964 —y a pesar de sus graves secuelas—, para conducir el amplio descontento popular que en 1949 y en 1957 había provocado violentos estallidos sociales duramente reprimidos, hacia reformas políticas y sociales de carácter democratizador (Riquelme Segovia y Fernández 2015). A las reformas de saneamiento democrático de 1958 que ya mencionamos, se sumaron durante el gobierno democratacristiano de Eduardo Frei Montalva, una Reforma Agraria que modificaría profundamente la estructura de la propiedad rural y de las jerarquías sociales en el país. Esta reforma, junto a la sindicalización campesina y la política de promoción popular orientada a los sectores marginales urbanos, convirtieron en ciudadanos activos a más de un millón

⁵ Respecto a la articulación de las representaciones y las prácticas de la izquierda política con las de sectores populares organizados durante los largos años sesenta, cfr. Riquelme Segovia (1986).

de hombres y mujeres de sectores anteriormente excluidos de la participación política y social (Riquelme Segovia 1988).

La Reforma Agraria fue posible gracias a una modificación constitucional presentada por el gobierno demócratacristiano y apoyada en el Congreso por la izquierda, que estableció en 1967 la subordinación del derecho de propiedad al cumplimiento de su función social. La férrea oposición de la derecha y de los gremios empresariales a esta reforma se asentó en el argumento de que permitiría un asalto generalizado a la propiedad, en la medida que sentaba las bases para una posible socialización de otros sectores de la economía si en el futuro existiera una mayoría parlamentaria dispuesta a legislar en ese sentido. Lo que la derecha percibió como una amenaza, en la izquierda reavivó el debate acerca de la posibilidad de emprender una radical transformación económica y social en el marco de la institucionalidad existente.

Esa posibilidad, a juicio de quienes la impulsaban —como su líder socialista Salvador Allende y el Partido Comunista— no se basaba por cierto solo en esos cambios institucionales. Se avizoraba también como el resultado previsible y deseable de la gran capacidad que mostraba la izquierda durante esos años para canalizar las demandas sociales insatisfechas, en un contexto en el que la expansión de la organización y politización de las mayorías ciudadanas hacía patentes la insatisfacción generalizada por los límites del crecimiento económico y por la continuidad de la concentración de la riqueza que contrastaba con la no superada pobreza de amplios sectores populares cada vez más organizados y conscientes de sus derechos.



La Reforma Agraria fue posible gracias a una modificación constitucional presentada por el gobierno demócratacristiano y apoyada en el Congreso por la izquierda.

Podría pensarse que la trayectoria del país durante los largos años sesenta debería haber llevado a la izquierda a perseverar en la adhesión a las prácticas políticas orientadas a producir reformas que gradualmente habían logrado expandir la ciudadanía, introducir el bienestar social e incluso modificar profundamente el régimen de propiedad y el balance de poder social en el país. Sin embargo, estas prácticas reformadoras estuvieron acompañadas por la hegemonía, en esta misma izquierda, de discursos articulados en torno a una noción de revolución —entendida como un cambio radical del orden económico y social orientado a transitar del capitalismo al socialismo— que menospreciaba el reformismo. Estos discursos expresaban y daban forma, a la vez, a una imaginación revolucionaria

respecto a la movilización de masas y la agudización de la lucha de clases como medios ineludibles para materializar la transición al socialismo, la que coexistía en permanente y creciente tensión con la política de reformas en que la propia izquierda participaba y a través de la cual se había estado aproximando a sus metas.⁶

3.

LA VÍA CHILENA AL SOCIALISMO

En los largos años sesenta, para quienes formaban parte de esa comunidad imaginada, la utopía ya no era solo un horizonte, porque los izquierdistas chilenos de la época —y no solo los chilenos— estaban convencidos de formar parte de un proceso histórico global de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo que, de modo progresivo, se estaba abriendo camino en distintas naciones a partir de la Revolución de Octubre en Rusia (1917), el desenlace de la Segunda Guerra Mundial en Europa Central y en los Balcanes (1945-1948), la Revolución China (1949), la descolonización afroasiática (1940s a 1970s) y la Revolución Cubana (1959). Un proceso revolucionario mundial en el que Chile se insertaría en 1970 con el triunfo electoral de Salvador Allende y que abriría las puertas al despliegue de la vía chilena al socialismo.

El primer año del gobierno de Allende fue experimentado y sigue siendo recordado como el momento del encuentro entre lo imaginado y lo vivido para todos quienes formaban parte de esa comunidad, así como por todos quienes hasta el día de hoy se consideran sus herederos.⁷ Tras el acuerdo constitucional con la Democracia Cristiana (DC) que allanó el camino para la ratificación de Allende en el Congreso Nacional, sumado al desbande de la derecha luego de fracasar los intentos de bloquear el acceso de la izquierda al Poder Ejecutivo que llegaron hasta el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, el nuevo gobierno y sus seguidores parecían tener un “ancho camino” para materializar lo que el Mensaje Presidencial del 21 de mayo de 1971 caracterizaría como “el segundo modelo de transición a la sociedad socialista”, esto es: pacífico, democrático y pluralista, en contraste con el modelo armado, dictatorial y uniformador de todos los anteriores procesos exitosos de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo en el mundo (Riquelme Segovia 2013).

⁶ Sobre los debates que atravesaron a la izquierda chilena en torno a los largos años sesenta, sus antecedentes y proyecciones, cfr. Riquelme Segovia (2009), Casals (2010), Álvarez (2011), Santoni (2011); Harmer (2013), Fermandois (2013), Palieraki (2014), Harmer y Riquelme Segovia (2014), Miranda (2014), Schlotterbeck (2018), del Alcázar (2020), Lozoya (2020), Harmer (2020), Villar Vásquez (2021) y Aggio (2021).

⁷ Las palabras de Régis Debray recordando algo más de 20 años después el verano chileno de 1971 expresan muy bien esa atmósfera: “Quien no ha conocido el verano austral en Chile en ese primer año del Frente Popular no ha conocido la dulzura de vivir” (Debray 1999, 169).

En esa coyuntura, las convicciones de la izquierda parecían avaladas por la propia trayectoria política de la sociedad chilena y habían llegado a lograr la adhesión de personas de centro que —de un modo u otro— compartían el proyecto de renovación económica y social de la izquierda, lo que se había expresado en la participación del laico y mesocrático Partido Radical en la formación de la Unidad Popular, la coalición que condujo a Allende a la victoria, junto a la sucesiva incorporación de dos sectores escindidos de la social-católica y pluriclasista DC. El salto del respaldo electoral de la izquierda desde el 36% obtenido en las elecciones presidenciales de septiembre de 1970 hacia el 50% en las municipales de abril de 1971 indicaba la extensión de la pertenencia a esta comunidad imaginada en su momento de mayor éxito. Cabe destacar que dos años después, a pesar del deterioro económico y la crisis de gobernabilidad, en las elecciones de marzo de 1973, obtendría un significativo 43,5% de respaldo electoral. Este respaldo no fue suficiente para impedir el golpe militar seis meses después; pero sí se convirtió en la más sólida base para que la izquierda chilena sobreviviera durante los siguientes 17 años a la más dura y larga prueba a la que ha sido sometida en su historia.

4.

LA IMAGINACIÓN REVOLUCIONARIA

La magnitud del respaldo electoral y social alcanzado por la vía chilena al socialismo entre 1970 y 1973 solo puede entenderse, a mi manera de ver, por la convergencia de dos promesas: la de un cambio radical de la estructura económica y de las jerarquías sociales —la transición al socialismo concebida en el marco intelectual del marxismo revolucionario—, por una parte, y la de la continuidad del Estado de derecho y de las libertades que este garantizaba, por la otra.

Esta convergencia de un giro revolucionario en los ámbitos social y económico con la adhesión a la institucionalidad democrática existente, que constituyó la característica distintiva de la experiencia de la Unidad Popular entre las izquierdas del mundo del siglo XX, así como de la proyección global del liderazgo de Allende, fue ampliamente compartida entre la ciudadanía de izquierda y también —a mi juicio— el elemento clave de su expansión electoralmente cuantificable.⁸ Sin embargo, este nuevo modelo de articulación entre democracia y socialismo fue intensamente contestado al interior de los partidos, así como entre los intelectuales de la izquierda, en el marco de un debate internacional acerca de las vías de la revolución, que había recibido un poderoso impulso en América Latina tras la Revolución Cubana de 1959 y la acogida en varios países del continente a la versión armada y autoritaria de transición al socialismo que representaba.

⁸ Minar la credibilidad de la promesa de una transición pacífica a un socialismo democrático y pluralista, fue la finalidad de las sucesivas campañas del terror contra Allende y la izquierda en el marco de las elecciones presidenciales de 1964 y de 1970 (Casals 2016).

Más allá de la influencia del modelo cubano y de la fascinación entre ciertos segmentos militantes de la izquierda latinoamericana por la lucha armada y la figura del combatiente (bien visibilizado por los estudiosos de la izquierda chilena de la época, así como por el eco de sus investigaciones en la esfera mediática), la extendida desafección entre militantes e intelectuales de izquierda por validar teóricamente el “segundo modelo” allendista —incluyendo a los propios comunistas que habían imaginado y construido en Chile esta vía pacífica y democrática— provino de su horror a transgredir el límite imaginario que separaba al marxismo revolucionario de la socialdemocracia.

En Europa Occidental, los partidos socialistas y socialdemócratas se habían convertido tras la Segunda Guerra Mundial en protagonistas de la construcción de un orden político y social opuesto tanto a la reacción como a la revolución entendida como una transición del capitalismo al socialismo mediante el traspaso irreversible del poder de los capitalistas a los trabajadores. En lugar de esa perspectiva, concurrieron al “desarrollo de un modelo de capitalismo de bienestar, muy diferente de la soberanía absoluta del mercado” (Birnbaum 2003, 13), a la vez que muy distinto a las economías centralmente planificadas por las dictaduras revolucionarias o postrevolucionarias del “socialismo real”.⁹ La participación de los socialistas europeos en la configuración y conducción del llamado Estado de bienestar, junto a socialcristianos y liberales-sociales con quienes establecieron complejas relaciones a la vez de cooperación y competencia, fue de la mano con una reformulación del socialismo que continuarían proclamando como su razón de ser. Dejaron de imaginarlo como una ruptura revolucionaria con el sistema capitalista que requería el desplazamiento irreversible del poder político de los partidos burgueses por el o los partidos obreros. Así, el socialismo sería redefinido como la extensión de la democracia a los ámbitos económico y social, como un proceso mediante el cual gradualmente se extienden a esos ámbitos de desigualdad los derechos de la ciudadanía y su soberanía, el dominio de la razón y los imperativos de la justicia. Ya no se trataría de sustituir al mercado por la planificación, sino de domesticarlo, redistribuyendo el crecimiento mediante impuestos progresivos y políticas públicas orientadas a hacer realidad universalmente los derechos económicos y sociales proclamados en las constituciones de postguerra (Birnbaum 2003; Sasoon 2001).

El socialismo sería redefinido como la extensión de la democracia a los ámbitos económico y social.

Aunque los partidos comunistas europeo-occidentales rechazaron esa deriva socialdemócrata hacia el reformismo, su crítica se orientaría específicamente hacia la renuncia a la meta socialista y revolucionaria, y no a la gradualidad de las transformaciones que desde 1945 habían ido ampliando los derechos,

⁹ El concepto de “socialismo real” fue acuñado por el comunismo soviético durante el período brezhneviano (1964-1982) para distinguir su modelo socialista, concebido como verdadero, del falso socialismo de los reformistas socialdemócratas o de los propios comunistas que reivindicaran un socialismo democrático (Brown 2007).

el bienestar y la influencia política de las clases asalariadas. En los países donde los comunistas gozaban de amplio respaldo electoral e influencia política, como en Francia e Italia, participarían decididamente de esa política de reformas, considerando que además de beneficiar a las mayorías trabajadoras, en las luchas por obtenerlas y defenderlas del permanente intento de la reacción por revertirlas, se templaba su conciencia y organización para —algún día— emprender la transición del capitalismo al socialismo. Esa visión que articulaba democracia, reformas y socialismo se extendía incluso a los comunistas de Europa Occidental que —en países como Portugal, España y Grecia— resistían desde la clandestinidad a dictaduras de derecha que habían cerrado el paso al Estado social y democrático de derecho. Asimismo, ese reformismo revolucionario contaría desde 1956 con cierto consentimiento ideológico del comunismo soviético, al aceptar su XX Congreso la vía pacífica o parlamentaria al socialismo, aunque siempre contenida en los límites de las leyes generales de la transición del capitalismo al socialismo establecidas por la “ciencia de la revolución” (Riquelme Segovia 2009, 42-43 y 70-71; también Lazar 1992; Pons 2006, 2012).

Ese reformismo revolucionario contaría desde 1956 con cierto consentimiento ideológico del comunismo soviético, al aceptar su XX Congreso la vía pacífica o parlamentaria al socialismo.


Esos límites fueron los que hizo suyos para la vía chilena al socialismo el Partido Comunista de Chile al ajustar el “camino de victoria” nacional y democrático que había configurado al canon del marxismo soviético. Por su parte, el presidente Allende, entrevistado por Régis Debray (1971, 27-28),¹⁰ sostenía que las “obras fundamentales” de autores como Marx o Lenin “encierran ideas matrices, pero no pueden ser usadas como el Catecismo Romano”; ante la afirmación de su interlocutor según la cual “desde mucho tiempo atrás el partido Socialista chileno nada tiene que ver con la social democracia europea”, respondía: “Evidente. Nada tiene que ver, ni tampoco con algunos partidos que se dicen socialistas en Europa” (Debray 1971, 32). Con ello, proclamaba una diferencia esencial entre el modelo socialista chileno y el europeo occidental, a pesar de convergencias evidentes que apreciarían algunos de sus más relevantes representantes de la época como el francés François Mitterrand o el sueco Olof Palme (Bonnin 2014; Camacho 2013).

Ese imaginario político impidió a los protagonistas de la vía chilena al socialismo asumir la dimensión reformista de su vía revolucionaria, es decir, la compleja articulación entre políticas de reformas

¹⁰ La entrevista se extiende a lo largo de las 63 páginas de ese número de la revista.

y construcción socialista en que estaban efectivamente empeñados. Dio forma, además, a un debate, reiterado una y otra vez por distintos actores de la izquierda entre 1970 y 1973, en el cual el mito de la irreversibilidad del proceso revolucionario desempeñó un papel esencial, ajeno al espacio donde se jugaba la legitimidad en la cultura política chilena de la época, en el cual conceptos republicanos y liberales como Estado de derecho, ciudadanía, pluralidad y alternancia continuaban siendo centrales (Cristi y Ruiz Tagle 2006; Faúndez 2011). Conceptos que eran fundamentales en la comprensión allendista de la vía chilena al socialismo, así como vitales para su éxito o supervivencia, pero que fueron eclipsados en el imaginario de la izquierda por un paradigma revolucionario con pretensiones de universalidad incapaz de incluirlos teóricamente.

Con todas sus contradicciones, Allende y sus consejeros (Allende 1972; Novoa 1972; Garcés 1972), junto a algunos dirigentes e intelectuales del Partido Comunista (Cerdeña 1972; Vuskovic 1973) fueron los actores políticos determinantes del período que más se aproximaron a pensar en Chile un modelo de socialismo compatible con la democracia pluralista, análogo al que en Europa Occidental impulsaban entonces sus partidos comunistas más influyentes y los sectores más radicales del socialismo democrático.



Ese imaginario político impidió a los protagonistas de la vía chilena al socialismo asumir la dimensión reformista de su vía revolucionaria, es decir, la compleja articulación entre políticas de reformas y construcción socialista en que estaban efectivamente empeñados.

A diferencia de esos países, en Chile ese nuevo modelo de transición al socialismo logró tanto la adhesión ciudadana como la articulación de alianzas políticas que le hicieron posible acceder al gobierno y procurar materializarlo, convirtiendo a la izquierda chilena entre 1970 y 1973 en objeto de interés a escala global. La atracción mundial que provocó la experiencia chilena provino de que se trató del intento más innovador —y durante un tiempo exitoso— entre las izquierdas de la época de la Guerra Fría. Innovación que no logro percibir en la, entonces y ahora, tan sobrealorada “nueva izquierda”, que a mi juicio, solo planteó nuevas formas de lucha armada o nuevas formas de leninismo en envoltorios maoístas, trotskistas o guevaristas, que no se hicieron para nada cargo del desafío de hacer compatible una revolución de orientación socialista con la democracia política y con la canalización de la conflictividad social y política sin que descarrilara hacia la violencia y, en este caso, a la derrota.

De ese modo, la historia de la izquierda chilena pareció estar culminando con inmenso éxito durante el primer año del gobierno de la Unidad Popular. Un éxito sin duda vinculado a la capacidad de sus liderazgos —incluso en el marco de una mirada revolucionaria— para alcanzar acuerdos más allá de sus límites, como el que lograron con la Democracia Cristiana para llegar al gobierno a través de la reforma constitucional que institucionalizó el consensuado estatuto de garantías constitucionales. O el alcanzado en torno a la nacionalización del cobre, acuerdo que contó no solo con el respaldo del centro, sino de la unanimidad del Congreso Nacional, incluyendo a la derecha.

Sin embargo, entre diciembre de 1971 y septiembre de 1973, este enorme éxito se fue desmoronando hasta precipitar una espantosa derrota, la cual sería seguida de lo que Steve Stern ha llamado con razón un policidio (Stern 2009, 24 y 202-205), el cual tuvo a la extensa comunidad imaginada como izquierda y a los hombres y mujeres que eran parte de ella como sus principales blancos.

Todavía hay mucho que seguir indagando acerca de cómo la imaginación y los conceptos revolucionarios y antirrevolucionarios incidieron entre 1970 y 1973, junto a las prácticas a las que acompañaron, en la modificación de las subjetividades y legitimidades políticas. Sin embargo, es posible afirmar ya que la valoración teórica y la difusión del antagonismo tuvo como efecto que una sociedad reticente al uso de la violencia política organizada, incluso entre sus segmentos más ideológicamente radicales, se precipitara en una espiral que culminaría en el consentimiento de una parte no menor de esa sociedad y de sus élites a la brutalidad sistemática y despiadada del terror estatal pinochetista.

5.

LAS METAMORFOSIS

En alrededor de 24 horas, la violencia organizada del golpe militar hizo añicos la institucionalidad jurídico-política al interior de la cual había podido avanzar la vía chilena al socialismo. En lugar de la imaginaria destrucción del abstracto Estado burgués que se había transformado en el espejismo de tantos revolucionarios, se perpetraría la muy real destrucción contrarrevolucionaria del histórico Estado democrático. El terror de Estado se desplegó como un proyecto sistemático, orientado a destruir un modo democrático de vida social y político, profundamente arraigado en la historia de las pasadas décadas, para instalar, sobre el miedo y la fragmentación, un orden autoritario y excluyente (Stern 2009).

El policidio y la metamorfosis neoliberal¹¹ de la economía y la sociedad que hizo posible, destruyó —esta vez sí de modo irreversible— el entorno histórico en el cual la izquierda de los largos años sesenta pudo existir como comunidad, y a la vez eliminó el marco de derechos y libertades en el que había desplegado su protagonismo. Con ello, su horizonte de expectativas utópico se convirtió en un horizonte de supervivencia. Expulsada del Estado, acosada en la sociedad civil y perseguidos hasta el exterminio sus dirigentes y militantes, la izquierda sobreviviría en la clandestinidad y en el exilio, mientras sus convicciones y rituales proscritos del espacio público se refugiarían en espacios familiares y microsociales, así como en prácticas culturales y de defensa de los derechos humanos asociados a instituciones de carácter religioso, a la vez que caracterizadas en la militancia clandestina por una dimensión épica de combate antifascista correspondiente a las condiciones extremas que enfrentaban.

En el exilio, pero también en Chile, esa comunidad en diáspora y agonía se incorporó al debate en las izquierdas del mundo acerca de los motivos de su catastrófica derrota, al tiempo que recibía de ellas la solidaridad moral y material sin la cual sus organizaciones no podrían haber sobrevivido. En torno a aquel debate y a esta solidaridad se establecerían los nexos más estrechos que actores políticos chilenos hayan tenido con líderes y militantes, intelectuales y seguidores de los principales partidos de las izquierdas del mundo de los años setenta: comunistas seguidores del modelo soviético y revolucionarios tercermundistas, europeos y americanos, pero también eurocomunistas que estaban profundizando su compromiso con la democracia pluralista, así como con socialistas europeos adherentes al antes rechazado modelo socialdemócrata y reformistas latinoamericanos que también lo hacían suyo.

En el exilio, pero también en Chile, esa comunidad en diáspora y agonía se incorporó al debate en las izquierdas del mundo acerca de los motivos de su catastrófica derrota.

Durante la segunda mitad de los años setenta, la afirmación de la universalidad de los derechos humanos convergería globalmente con la crítica por parte del socialismo occidental y del eu-

¹¹ Llamo neoliberal a la ideología que considera la libertad de emprender característica de la economía de mercado como el principal fundamento del progreso, se opone a regular el mercado nacional o globalmente, y rechaza toda intervención estatal con fines redistributivos. En sus versiones más extremas, el mercado es considerado como el único mecanismo justo de asignación de recursos y se procura extender su imperio a casi todos los ámbitos de la sociedad.

rocomunismo hacia los sistemas del socialismo real y particularmente a la Unión Soviética. En un contexto ideológico europeo marcado por la consolidación de un paradigma antitotalitario, transversal a corrientes liberales, conservadoras, social-cristianas, socialistas e incluso comunistas, se interpretarían como expresiones del totalitarismo acontecimientos históricamente diferentes aunque asociados a la acción de partidos comunistas en el poder, como la represión de los disidentes en la URSS y Europa del Este, las intervenciones militares cubanas en África, el genocidio perpetrado por el Khmer Rouge en Camboya, la invasión soviética de Afganistán, el despliegue de misiles de alcance intermedio en los países del pacto de Varsovia y la masificación de la disidencia organizada en Polonia.¹²

En ese contexto ideológico, en 1979 se dividió el Partido Socialista de Chile (PS), permaneciendo uno de sus secretarios generales en Berlín Este y trasladándose el otro a París, lo que a su vez provocó el fin de la Unidad Popular como coalición política. Se inició así un camino en que un sector de la izquierda chilena transitaría durante la década siguiente —a través de una más o menos breve estación eurocomunista o de socialismo revolucionario democrático— hacia un socialismo adaptado al capitalismo global, así como alineado con el bloque occidental en la Guerra Fría, inspirado en las experiencias de Bettino Craxi en Italia, François Mitterrand en Francia y Felipe González en España.¹³ La crítica al modelo soviético sería central y cada vez más acentuada en esa trayectoria hacia el socialismo democrático e incluso liberal de la llamada izquierda renovada chilena, la que se consumaría coetáneamente con la crisis y el derrumbe de los socialismos reales en Europa del Este en 1989 y de la propia Unión Soviética en 1991. En cambio, el giro estratégico hacia “todas las formas de lucha” del comunismo chileno en 1980 coincidió con la continuidad de su alineamiento ideológico con los llamados socialismos reales, la que también persistiría en una de las dos fracciones en que se había quebrado el PS, hasta que la coincidencia entre la caída del muro de Berlín y la transición democrática en Chile desencadenó en 1989 su reunificación en torno al socialismo democrático¹⁴.

¹² Para el ascenso del antitotalitarismo en Francia durante los setenta, cfr. Christofferson (2011). Sobre el debate político entre los intelectuales italianos en el mismo período, cfr. Taviani y Vacca (2016).

¹³ Hitos del giro antitotalitario y del distanciamiento explícito de toda referencia al modelo soviético de socialismo para un amplio sector de la izquierda chilena fueron las dos reuniones celebradas en Ariccia, Italia, en marzo de 1979 y enero de 1980, bajo el título común de “El socialismo chileno: historia y perspectivas”, promovidas por la Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos, encabezada por el senador italiano Lelio Basso. Ver “Una propuesta para el área socialista chilena. La Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos y el Seminario de Ariccia. 1979/80”, *Legna per i Diritti e la Liberazione dei Popoli*, Roma, 1980. Revisado en el Archivio storico de la Fondazione Lelio e Lisli Basso. En diversos documentos relativos a su preparación, agrupados en la carpeta “Ariccia” en este mismo Archivio storico, pueden estudiarse las motivaciones de los actores políticos que concurrieron a estas reuniones.

¹⁴ Sobre los cambios en la imaginación política de militantes e intelectuales de izquierda en el exilio y en el país a lo largo de los 17 años de dictadura, cfr. Puryear (1994) e Hite (2000).

6.

LO POSIBLE, LA MEMORIA, LA REVUELTA...

Al comienzo de los noventa, el fin de la proscripción de los partidos de izquierda en el marco de una transición a la democracia en la cual una parte de ellos se había incorporado al gobierno como socio de la Democracia Cristiana, no restablecería la comunidad imaginada previa a 1973. Durante los 17 años de dictadura no sólo se había difuminado su unidad política. El mismo horizonte utópico que la había animado parecía haberse desvanecido: la transición al socialismo había sido desplazada como eje articulador entre presente y futuro por la transición a la democracia. La articulación entre sociedad civil y partidos reconstruida durante las amplias y persistentes movilizaciones antidictatoriales de los ochenta no tuvo continuidad durante los noventa, ni en la forma clásica de los largos años sesenta en Chile, ni en la propia de las más exitosas experiencias socialdemócratas en el mundo.

El sector hegemónico de la izquierda —asociado a los partidos Socialista y por la Democracia— hizo del progreso democrático y social “en la medida de lo posible”, impulsado gradualmente desde los gobiernos de la Concertación y negociado con la derecha parlamentaria y los gremios empresariales, su realista pero menguado horizonte de expectativas. El sector minoritario, extraconcertacionista y hasta 2010 extraparlamentario, articulado en torno al Partido Comunista y algunas nuevas formaciones, convirtió tanto la memoria de las luchas contra la dictadura como la preservación de la identidad histórica de la izquierda en un legado orientado a la ruptura democrática con la persistencia de las instituciones originadas en la dictadura y a la construcción de una alternativa antineoliberal.

La convergencia política de ambas izquierdas y del centro en la Nueva Mayoría gobernante entre 2014 y 2018, no significó la recomposición de la clásica comunidad imaginada. Por otra parte, desde mediados de la década del 2000 y con mucha más nitidez desde la extendida movilización estudiantil y ciudadana de 2011, nuevas identidades de izquierda —que oscilan entre postmarxismo, interseccionalidad y populismo— han convergido con la articulada en torno al comunismo, al tiempo que le han intentado disputar su hegemonía en el ámbito antineoliberal. A esto se han sumado liderazgos y seguidores de la antigua Concertación tras el inédito y prolongado estallido social iniciado en octubre de 2019 y el consiguiente proceso constituyente refrendado por la ciudadanía en el plebiscito de octubre de 2020.

En este marco, un horizonte revolucionario ha vuelto a ser imaginado como posible entre algunos intelectuales y actores políticos de izquierda, reemergiendo —paradójicamente más de la mano de Carl Schmitt que de Lenin— la valoración del antagonismo y su agudización como motores del cambio social. Junto a esto, resurge la expectativa de lograr cambios radicales por vías extra institucionales mediante una especie de revuelta permanente, o mediante la combinación de una persistente movilización con las oportunidades que una “rebelión democrática del electorado” podría ofrecer a los actores

situados a la izquierda de la socialdemocracia —sobre todo si la derecha gobernante y los gremios empresariales persisten en su reticencia a acordar reformas profundas de carácter redistributivo al modelo de articulación entre economía, política y sociedad configurado durante los noventa y que en la actualidad concita la desafección de una amplia mayoría.

BIBLIOGRAFÍA

- Aggio, A.** 2021. *Democracia e socialismo: a experiència chilena*. Tercera edición. Curitiba: Appris.
- Allende, S.** 1972. Los socialistas y el Gobierno Popular. Informe leído el 18 de marzo en el Pleno Nacional del PS efectuado en la localidad de Algarrobo. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/allende/1972/marzo18.htm> [1 de marzo 2021].
- Álvarez, R.** 2011. *Arriba los pobres del mundo. Cultura e identidad política del Partido Comunista de Chile entre democracia y dictadura. 1965-1990*. Santiago: LOM Ediciones.
- Anderson, B.** 1993. *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Birnbaum, N.** 2003. *Después del progreso. Reformismo social estadounidense y socialismo europeo en el siglo XX*. Barcelona: Tusquets.
- Bonnin, J.** 2014. *Les voyages de François Mitterrand. Le PS et le monde (1971-1981)*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- Brown, A.** 2007. Socialismo reale (411-412). En Pons, S. y Service, R. (eds.), *Dizionario del comunismo nel XX secolo*. Volume Secondo M-Z. Torino: Einaudi.
- Camacho, F.** 2013. Solidaridad y diplomacia. Las relaciones entre Chile y Suecia durante tres experiencias revolucionarias (1964-1977). Tesis para optar al grado de Doctor en Historia en la Universidad Autónoma de Madrid y en la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Casals, M.** 2010. *El alba de una revolución. La izquierda y el proceso de construcción estratégica de la “vía chilena al socialismo”, 1956-1970*. Santiago: LOM Ediciones.
- Casals, M.** 2016. *La creación de la amenaza roja. Del surgimiento del anticomunismo en Chile a la “campaña del terror” de 1964*. Santiago: LOM Ediciones.
- Cerda, C.** 1972. *El leninismo y la victoria popular*. Santiago: Empresa Editora Quimantú.
- Christofferson, M.** 2009. *Les intellectuels contre la gauche. L'idéologie antitotalitaire en France, 1968-1981*. Marseille: Agone.
- Cristi, R. y Ruiz Tagle, P.** 2006. *La República en Chile. Teoría y práctica del Constitucionalismo Republicano*. Santiago: LOM Ediciones.

- Debray, R.** 1971. Allende habla con Debray. *Punto Final* 126 (16 de marzo). Disponible en: https://punto-final.org/PDFs/1971/PF_126.pdf [1 de marzo 2021].
- Debray, R.** 1999. *Alabados sean nuestros señores: Una educación política*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Del Alcázar, J.** 2020. *¿Qué fue de las grandes alamedas? Chile, 1970-2020. De la victoria de Allende a la actual crisis de Estado*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Faúndez, J.** 2011. *Democratización, desarrollo y legalidad. Chile, 1831-1973*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Fernandois, J.** 2004. *Mundo y fin de mundo: Chile en la política mundial 1900-2004*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Fernandois, J.** 2013. *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*. Santiago: Centro de Estudios Públicos.
- Garcés, J.** 1972. El proceso revolucionario chileno y la violencia física. *Revista de la Universidad Técnica del Estado* 7, 51-66.
- Harmer, T.** 2013. *El Gobierno de Allende y la guerra fría interamericana*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Harmer, T.** 2020. *Beatriz Allende: A Revolutionary Life in Cold War Latin America*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Harmer, T. y Riquelme Segovia, A. (eds.)** 2014. *Chile y la Guerra Fría global*. Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, RIL Editores.
- Hite, K.** 2000. *When the Romance Ended. Leaders of the Chilean Left, 1968-1998*. New York: Columbia University Press.
- Lazar, M.** 1992. *Maisons rouges. Les partis communistes français et italien de la Libération à nos jours*. París: Aubier.
- Lozoya, I.** 2020. *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)*. Santiago: Ariadna.
- Miranda, M.A.B.O.** 2014. Povo, democracia e legalidade nas linguagens políticas do Brasil (1945-1964) e do Chile (1938-1973) no contexto das experiências democráticas de massa. Tesis doctoral en Historia. Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro y Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Novoa, E.** 1972. El difícil camino de la legalidad. *Revista de la Universidad Técnica del Estado* 7, 9-34. Disponible en: <http://eduardo-novoa-monreal.blogspot.com/2013/05/novoa-monreal-el-dificil-camino-de-la.html> [1 de marzo 2021].
- Palieraki, E.** 2014. *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años sesenta*. Santiago: LOM Ediciones.
- Pons, S.** 2006. *Berlinguer e la fine del comunismo*. Torino: Einaudi.

- Pons, S.** 2012. *La rivoluzione globale. Storia del comunismo internazionale 1917-1991*. Torino: Einaudi.
- Purcell, F. y Riquelme Segovia, A. (eds.)** 2009. *Ampliando miradas. Chile y su historia en un tiempo global*. Santiago: Instituto de Historia Pontificia Universidad Católica de Chile, RIL Editores.
- Puryear, J.M.** 1994. *Thinking Politics. Intellectuals and Democracy in Chile, 1973-1988*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Riquelme Segovia, A.** 1986. Trabajadores y pobladores en el discurso de la prensa sectorial popular. Chile 1958-1973. CENECA 73. Disponible en: http://www.archivoceneca.cl/wp-content/uploads/2018/1986/10_1986.pdf [1 de marzo 2021].
- Riquelme Segovia, A.** 1988. Promoción popular y la educación para la participación (1964-1970). *Proposiciones* 15 (Educación Popular y Movimientos Sociales), 132-147.
- Riquelme Segovia, A.** 2009. *Rojo atardecer. El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Riquelme Segovia, A.** 2013. Política de reformas e imaginación revolucionaria en el Chile constitucional (1933-1973) (153-184). En González Alemán, M. y Palieraki, E. (eds.), *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*. Santiago: Universidad Nacional de Tres de Febrero, Université de Cergy-Pontoise, RIL Editores.
- Riquelme Segovia, A.** 2015. La vía chilena al socialismo y las paradojas de la imaginación revolucionaria. *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades* 17(34), 203-230.
- Riquelme Segovia, A. y Fernández Abara, J.** 2015. La vida política (21-105). En Fernandois, J. y Ulianova, O. (eds.), *Chile (1930-1960). Mirando hacia adentro*. Madrid: Fundación Mapfre.
- Santoni, A.** 2011. *El comunismo italiano y la vía chilena. Los orígenes de un mito político*. Santiago: RIL Editores.
- Sasoon, D.** 2001. *Cien años de socialismo*. Barcelona: Edhasa.
- Schlotterbeck, M.E.** 2018. *Beyond the Vanguard. Everyday Revolutionaries in Allende's Chile*. Oakland: University of California Press.
- Stern, S.** 2009. *Recordando el Chile de Pinochet en vísperas de Londres 1998*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Taviani, E. y Vacca, G. (a cura di)** 2016. *Gli intellettuali nella crisi della Repubblica, 1968-1980*. Roma: Viella.
- Villar Vásquez, G.** 2021. *Compromiso militante y producción historiográfica. Hernán Ramírez Necochea y Julio César Jobet (1930-1973)*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.
- Vuskovic, S.** 1973. *El pluripartidismo y el proceso revolucionario chileno*. Santiago: Austral.

Referentes teóricos e intelectuales de la nueva izquierda chilena

IVETTE LOZOYA

- El texto indaga en las ideas y los intelectuales que sirvieron como referencia a la conformación de las ideologías de la nueva izquierda chilena entre la segunda mitad del siglo XX y la actualidad.
- Utilizando una definición histórica del concepto de nueva izquierda proponemos que existen dos ciclos de desarrollo de esta: el primero se configura en la década de 1960 y el segundo se comienza a definir en la posdictadura y tiene expresión en la actualidad.
- En el análisis constatamos que la nueva izquierda de los años sesenta, reconociendo a la clase como categoría principal, realiza una aplicación latinoamericanista del marxismo elaborada por los teóricos de la dependencia, mientras que la nueva izquierda actual utiliza como categoría central la de ciudadanía, alejándose de la propuesta anticapitalista del marxismo y encontrando sus referencias en intelectuales posmarxistas y economistas socialdemócratas europeos.

Palabras clave: Nueva izquierda, izquierda tradicional, ideología, comunismo, socialismo, América Latina, marxismo, ciudadanía

IVETTE LOZOYA. Es Doctora en Estudios Americanos por la Universidad de Santiago de Chile y académica de la Universidad de Valparaíso. Sus líneas de investigación son violencia social, violencia política e intelectuales e ideas de izquierda. Email: ivette.lozoya@uv.cl.

El siguiente texto identifica las principales teorías y pensadores que han servido de referencia para las definiciones ideológicas de las organizaciones de la nueva izquierda en Chile. El desarrollo de la nueva izquierda en el país tiene dos momentos, y la principal diferencia entre estos dos momentos es que la primera nueva izquierda tiene como referencia central al marxismo, en cambio la novísima nueva izquierda abandona la lectura marxista de la realidad y la utopía socialista.

Existe un consenso generalizado en cuanto a que la cultura política de la izquierda tanto nacional como internacional es una cultura letrada. Si bien la base teórica de este sector político es el marxismo, hoy existe un grupo de sujetos y colectividades que no se sienten parte de esa propuesta inicial o están muy alejados de las bases teóricas del marxismo. Esto ha llevado a ciertos autores a dudar de la definición de izquierda de algunas de esas colectividades (Acha 2014). Evitando esa discusión, entenderemos aquí a la izquierda como un conjunto de colectividades que interactúan con la realidad social y se identifican con dicha identidad, es decir, reconoceremos la definición propia de las colectividades en el contexto en el que se desenvuelven. En la misma lógica de definir bien el objeto de la presentación, señalamos que, si bien hay una gran cantidad de agrupaciones que se identifican como izquierda, nos concentraremos en las organizaciones que tienen como objetivo la conquista del Estado, y están o han estado en posición de disputarlo. Eso implica analizar solo los partidos políticos y excluir a los movimientos identitarios y a los colectivos pequeños. Dentro de ese universo me enfocaré en la nueva izquierda, entendiendo que esa clasificación es una autodefinición fundada en una autoconciencia revolucionaria y de diferenciación dentro de su propio sector político.

El desarrollo de la nueva izquierda en el país tiene dos momentos, y la principal diferencia entre estos dos momentos es que la primera nueva izquierda tiene como referencia central al marxismo, en cambio la novísima nueva izquierda abandona la lectura marxista de la realidad y la utopía socialista.

Historizando el término, propongo que existen dos momentos de emergencia de agrupaciones políticas que se definen o se sienten parte de una nueva izquierda. El primero tiene como momento de máxima visibilidad los largos años sesenta, aunque sus orígenes los podemos encontrar en los años cincuenta y su permanencia en el escenario político nacional trasciende el golpe militar. En este espacio político temporal ubicamos al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); la línea Elena del

PS (llamada así por su vínculo con el Ejército de Liberación Nacional, iniciativa revolucionaria continental que adscribía a la lucha armada); el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) y sus varias derivaciones; y la Izquierda Cristiana, denominación amplia para referirnos a las colectividades que hicieron síntesis del marxismo y el cristianismo. El segundo momento se define a partir de 2011, aunque, como la experiencia anterior, comienza a constituirse varios años antes luego de la derrota de la Unidad Popular. En esta denominación podemos incluir a organizaciones que ya no existen, como La SurDa y a los partidos que hoy conforman el Frente Amplio.

1.

LA NUEVA IZQUIERDA DE LOS AÑOS SESENTA

Consideraremos como la primera nueva izquierda a aquellas organizaciones de los años sesenta con una posición clasista, anticapitalista y revolucionaria, críticas del soviétismo como experiencia histórica y del marxismo-leninismo como producción teórica de un estalinismo basado en la lectura dogmática de los aportes de Marx y Lenin. Los historiadores rastrean esta izquierda en aquellos grupos escindidos del Partido Comunista (PC) y que han sido calificados como trotskistas.¹ En Chile, las disidencias con el PC eran menos doctrinarias que en Argentina o en Bolivia, donde existía un obrerismo trotskista con convicción ideológica. No obstante, el historiador Luis Vitale fue un representante de esa línea en Chile, además de parte del grupo fundador del MIR en 1965.² Siguiendo las referencias de Vitale, nos encontramos con un grupo de intelectuales latinoamericanos —como Sergio Bagú— que cuestionaron tempranamente la definición de feudalismo para referirse a la formación social latinoamericana y discutieron en torno a las condiciones, características y posibilidades de la revolución democrática burguesa en Chile.

La base ideológica marxista y trotskista de la naciente nueva izquierda fue nutriéndose de otros aportes históricos e ideológicos. El maoísmo fue una de las doctrinas recepcionadas, sobre todo por la oposición que esta constituía para la política de la URSS. Como experiencia histórica, la Revolución Cubana sin duda fue la más relevante en el surgimiento de una nueva interpretación del marxismo que se sistematizó en la teoría de la dependencia y el liberacionismo.

Resulta importante aquí señalar que el análisis de la nueva izquierda de los años sesenta ha estado condicionado, por un lado, por la derrota sufrida a manos de la dictadura militar y, por otro, por el giro político dado por sectores de la misma izquierda que abandonaron los principios ideológicos que la sustentaban. Esta doble condición ha impedido un análisis en profundidad de las reflexiones teóricas

¹ Hay una línea obrerista temprana que rompe con el PC, pero también, a nivel nacional e internacional, hay quienes critican fuertemente la política del Partido expresada en los sucesos de Hungría en 1956.

² La obra de Vitale es muy nutrida, pero creo que su principal contribución es su “Interpretación Marxista de la Historia de Chile”, publicada en varios tomos, el primero en 1967.

y propuestas surgidas entre los intelectuales militantes y simpatizantes. Lo que se ha difundido, por el contrario, es una lectura simplificada que ha insistido en la recepción de un marxismo leninismo ortodoxo y con poca base en la realidad.

Lejos de lo anterior, los revolucionarios de los sesenta se nutrieron de las nuevas interpretaciones y análisis del marxismo que se socializaron en Chile en los distintos grupos de discusión de *El Capital*. Dos de los más destacados fueron el que lideraba el brasileño Theotônio Dos Santos y el que dirigía Marta Harnecker, este último bajo la matriz althusseriana.

Respecto a la teoría de la dependencia, esta tuvo su origen en la misma escuela de Chicago con un disidente de la propuesta neoliberal en ciernes, André Gunder Frank (Gunder Frank 1991), quien se instaló en Brasil y formó un grupo de científicos sociales que más tarde, huyendo de la dictadura en su país, se radicaron en Chile, donde la teoría adquirió definición y difusión (Lozoya 2020).

El paradigma dependentista implicaba un análisis de la formación social latinoamericana y chilena teniendo en cuenta las características propias del desarrollo productivo local, en el que los sujetos y las condiciones de la revolución diferían de aquellas que la teoría marxista ortodoxa definía como necesarias para los países desarrollados. Así, los teóricos de la dependencia como Marini (1972), Dos Santos (1972) y Cardoso y Faletto (1967) señalaban que la formación social chilena era capitalista, subdesarrollada y dependiente. En coherencia con esa definición, el líder del MIR, Miguel Enríquez, teorizaba identificando a los pobres del campo y la ciudad como los sujetos de la revolución chilena, lo que es un aporte a la teoría de la transformación social latinoamericana.

El paradigma dependentista implicaba un análisis de la formación social latinoamericana y chilena teniendo en cuenta las características propias del desarrollo productivo local.

La teoría de la dependencia influyó en la estrategia de los partidos para definir cuál era el sujeto revolucionario y cuál la vía para la liberación. Hubo, de este modo, un desarrollo en paralelo y dialéctico entre las organizaciones de la nueva izquierda y la teoría de la dependencia.

Haciendo una síntesis general de la importancia de la teoría de la dependencia observamos que la propuesta política de la nueva izquierda estaba sustentada en las siguientes premisas compartidas por los intelectuales del sector:

- En primer lugar, la formación social latinoamericana, a diferencia de lo que se planteaba en un marxismo más ortodoxo, no era feudal sino capitalista. Esto generó algunas discusiones entre el

mirista Gunder Frank y el pro MAPU Hinkelammert sobre el sesgo circulacionista de la interpretación; sin embargo, en términos generales, se planteaba que la sociedad latinoamericana era capitalista, aunque con una particularidad: era un capitalismo dependiente. Estas definiciones separaban a la nueva izquierda del PC y su propuesta de revolución por etapas y la política de conciliación de clases. Para la nueva izquierda las condiciones estructurales para una revolución estaban dadas.

- En segundo lugar, debido a la condición de dependencia de la sociedad latinoamericana, la revolución no solamente debía ser anticapitalista y antiimperialista, sino que, basada en la experiencia cubana, debía ser, además, armada.

El guevarismo también fue uno de los referentes teóricos importantes tanto para la nueva izquierda política como para la nueva izquierda intelectual. La reflexión más reconocida de Ernesto Guevara es aquella que versa sobre la estrategia militar y la sistematización de la teoría del foco, la que fue seguida, pero también discutida, a la luz de la teoría leninista. La intelectual brasileña Vania Bambirra criticó la esencialización del foco y abogó por una revolución conducida por un partido. Esta lectura hacía sentido en Chile donde las condiciones geográficas y la tradición política no coincidían con las de la sierra cubana. Sin embargo, la discusión sobre la estrategia no fue el único aporte de Guevara recibido en Chile; también lo fue su concepción filosófica sobre el sujeto que definía al *hombre nuevo* como una aspiración y un imperativo moral.

El guevarismo también fue uno de los referentes teóricos importantes tanto para la nueva izquierda política como para la nueva izquierda intelectual.

Pese a la importancia que tiene la discusión del uso de las armas en ese contexto y el sentido común que ha proliferado, es importante señalar que la diferencia entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda de los años sesenta no fue la opción por la vía armada o la vía institucional, sino la forma de construcción de poder. Mientras que el PC y la línea tradicional del Partido Socialista (PS) planteaban la construcción del poder desde arriba hacia abajo con el fin de copar el Estado para construir poder, la nueva izquierda abogaba por la construcción de poder popular para tomar el Estado (Lozoya 2015).

La matriz marxista orientó las investigaciones de los científicos sociales militantes de la nueva izquierda que desarrollaron su trabajo en los centros de investigación social de las universidades chilenas. En la escuela de sociología de la Universidad de Concepción y en el Centro de Estudios Socioeconómico de la Universidad de Chile predominaron los intelectuales militantes del MIR y el PS, mientras que en

el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica de Santiago predominaron los MAPU. En estos espacios se realizó una aplicación creativa del marxismo que dio origen a análisis, interpretaciones y propuestas para la intervención social en perspectiva revolucionaria en campos tan diversos como las comunicaciones, el agro y el derecho, entre otros (Lozoya 2020; Moyano y Lozoya 2019).

Hubo también otra concepción política e ideológica relevante: el socialcristianismo en su versión revolucionaria. Este pensamiento e influencia se va enriqueciendo desde el obrerismo sindical de Clotario Blest (Echeverría 2013), acompañado por curas obreristas y progresistas como el jesuita Hernán Larraín y radicales teólogos como Joseph Comblin —belga formado en la Universidad de Lovaina, al igual que el colombiano Camilo Torres, inspirador y referencia del movimiento Cristianos por el Socialismo y la teología de la liberación. El socialcristianismo fue también la orientación ideológica de origen de los fundadores del MAPU, del que luego renegaron por ser una expresión pequeñoburguesa. Uno de sus fundadores y líderes, Rodrigo Ambrosio, se nutrió de las enseñanzas del marxismo en Bélgica, elaborando una concepción propia del Estado, de la estructura social y de las formas que debía adquirir la lucha social (Acuña 2010).

2.

LA NUEVA IZQUIERDA EN LOS AÑOS 2000

La nueva izquierda de los años 2000 se comienza a definir orgánicamente luego de las protestas de 2011, pero podemos rastrear sus antecedentes en la reflexión y renovación que realizan algunos sectores de izquierda durante la dictadura y que terminan renunciando al leninismo, primero, y al marxismo, después, lo que rompe esa relación histórica entre la teoría de Marx y la izquierda, relación que otrora era condición básica para definirse como tal. Durante la transición, como consecuencia de la caída del muro de Berlín, se desarrolla en Chile una izquierda que adscribe a la democracia liberal y que no parece tener contradicciones con administrar el modelo neoliberal. La nueva izquierda de los 2000 se define en oposición a esta izquierda renovada, pero también al Partido Comunista que seguía representando la tradición socialista que había sido derrotada con el golpe de 1973 (Punto Final 2002).

La diferenciación respecto a los partidos de izquierda de la transición se evidenciaba en la propuesta autonomista de la principal organización extraparlamentaria del periodo, La SurDa, organización política que emergió de los movimientos universitarios de los años 90. En un principio, este autonomismo implicaba la distancia que debían mantener las luchas sociales de cualquier tipo de organización partidaria. No obstante, esta concepción fue variando hasta definir la autonomía como la distancia que debían mantener los movimientos sociales respecto de los partidos tradicionales de izquierda, evitando

la instrumentalización, pero también cuestionando el poder y proponiendo que la tarea era la edificación de un “contrapoder” (Borón 2004).

Esta vertiente de la izquierda planteaba una crítica a los partidos que fueron protagonistas de la Unidad Popular; reconocía la derrota de ese proyecto, así como también el de la izquierda de la resistencia a la dictadura en los años ochenta, planteando la necesidad de resignificar la revolución y la construcción de nuevas formas de conducirla. De esta forma, a pesar de que La SurDa se distanciaba de la izquierda renovada, compartía el diagnóstico y las referencias teóricas del periodo con una apropiación de las categorías gramscianas, haciéndolas dialogar con las concepciones posmarxistas tan de moda en ese tiempo (Moyano 2015). En términos de referencias a procesos concretos, así como la nueva izquierda de los sesenta reivindicó a Cuba como experiencia histórica, el autonomismo de los noventa reivindicó al zapatismo y evidenció su rechazo a la toma del Estado —en ese sentido coincidían con la propuesta de Holloway (2002), quien planteaba que había que “cambiar el mundo sin tomar el poder”.

Los movimientos masivos estudiantiles, medioambientales y poblacionales y la imposibilidad de convertir en transformaciones efectivas las reivindicaciones populares generan un giro en las definiciones y se orientan hacia la construcción orgánica, cambiando la definición de autonomismo. Tras la desaparición de La SurDa, y a partir del ciclo de movilizaciones del año 2011, se comienzan a formar algunas organizaciones políticas que emergieron del movimiento estudiantil, las que, pese a las críticas levantadas a la institucionalidad, se convirtieron en partidos políticos para disputar un espacio en ella. Revolución Democrática (RD) e Izquierda Autónoma (IA) fueron los primeros y más relevantes.

Esta vertiente de la izquierda planteaba una crítica a los partidos que fueron protagonistas de la Unidad Popular; reconocía la derrota de ese proyecto.

En IA hay una continuidad fundamental: el liderazgo ideológico del sociólogo Carlos Ruiz Encina, fundador de La SurDa y posteriormente de IA. Esto le dio desde el origen una definición ideológica más precisa, a diferencia de RD, que emerge como un movimiento gremial con voz parlamentaria y definiciones vagas.

Esta nueva izquierda chilena valora la democracia, por lo que no aspira a romper con ella, sino a reformarla a través de intervenciones políticas desde el Congreso y las municipalidades. En esto existen diferencias respecto a la nueva izquierda latinoamericana que se había instalado en Ecuador, Bolivia y Venezuela y que genéricamente se ha definido como *Socialismo del siglo XXI*. Muy alejada de estos conceptos, la nueva izquierda chilena no es socialista, ni anticapitalista, sino ciudadanista, con una

visión crítica de las experiencias de esos países del Cono Sur, y también desligada de la solidaridad que históricamente la izquierda había establecido con Cuba.

Con un relativo éxito electoral y viviendo divisiones internas producto de las presiones ideológicas desde dentro y la coyuntura desde fuera, los partidos y organizaciones de base que forman el Frente Amplio³ no tienen grandes definiciones doctrinarias, aunque ellas están muy permeadas por el análisis posmarxista y posmoderno, criticando los metarrelatos, el estadocentrismo y planteando una relación más directa entre los ciudadanos y la administración que evite la burocratización.

En su propuesta, la contraposición de clases es reemplazada por una integración que se asemeja a una actualización de la teoría de la marginalidad. Para Carlos Ruiz, en Chile ha emergido un nuevo pueblo que aspira a terminar con los abusos y acceder a los beneficios de la modernidad, los que se alcanzan con la profundización democrática (Ruiz 2020). Esta propuesta es concordante con las definiciones del partido español PODEMOS, uno de los referentes político-ideológicos de las organizaciones de la nueva izquierda chilena y que, al igual que estas, ha convertido la democracia en una ideología (Rivero 2018; Emol 2017).

Democracia radical es la propuesta. Esta incluye una articulación con los actores sociales y participación política. Tal categoría, presente en la definición del Partido Comunes (s/f), ha sido desarrollada por autores como Chantal Mouffe y Ernesto Laclau (Alvarado et al. 2019) e implica una reconversión del antiguo proyecto socialista en una propuesta participativa que no restringe las decisiones ciudadanas solo al rito electoral o las decisiones políticas, sino que las expande hacia ámbitos económicos y sociales.

Los partidos y organizaciones de base que forman el Frente Amplio no tienen grandes definiciones doctrinarias, aunque ellas están muy permeadas por el análisis posmarxista y posmoderno.

El proyecto de profundización democrática tiene como categoría y preocupación central a la ciudadanía, lo que se expresa en la denominación de la gestión municipal de la comuna de Valparaíso, la que su alcalde Jorge Sharp define como una alcaldía ciudadana. Esta definición se distancia de las denominaciones que utiliza en Recoleta el alcalde comunista Daniel Jadue. Para este, las innovaciones en gestión se inspiran en las necesidades del pueblo; de ahí que existan en ese municipio las llamadas

³ Las organizaciones que forman el Frente Amplio son Convergencia Social, Partido Comunes, Revolución Democrática, Movimiento UNIR y Fuerza Común.

farmacias populares, ópticas populares y hasta una inmobiliaria popular. En estas conceptualizaciones se evidencia la distancia entre la izquierda tradicional y la nueva izquierda chilena.

Si los intelectuales de la nueva izquierda de los años sesenta elaboraban pensamiento en los centros de estudio de las instituciones universitarias abriéndose a la discusión por la pluralidad de su composición, los intelectuales de la nueva izquierda pos 2011 organizan actividades político-intelectuales, editan revistas y debaten desde los llamados centros de pensamiento o *think tanks*. Los principales son Nodo XXI,⁴ Fundación Síntesis⁵ y el recientemente inaugurado Rumbo Colectivo de RD.⁶ Al revisar los contenidos no logramos encontrar conexiones con las demandas clasistas de la antigua nueva izquierda, pero sí reivindicaciones identitarias como el feminismo y el ecologismo. Pero más allá de estos temas, la diferencia fundamental está en la relación instrumental de los centros de pensamiento actuales con los partidos que los financian.

Esta razón instrumental no referencia a los ideólogos más radicales del feminismo ni del ecologismo, sino que construye discursos para sostener la política. No obstante, si seguimos los escritos académicos de la única investigadora mujer de Nodo XXI, Pierina Ferretti, podemos encontrar dos cosas: la primera es que la preocupación por la condición de las mujeres se centra en el problema más transversal de todos, los femicidios; y segundo, que en el análisis de la problemática, Ferretti incluye citas a la argentina Rita Segato y Silvia Federicci, ambas con una crítica explícita al marxismo (Follegati y Ferretti 2020).

La diferencia fundamental está en la relación instrumental de los centros de pensamiento actuales con los partidos que los financian.

En relación a las concepciones medioambientalistas, la categoría fundamental que aparece en la declaración de principios de RD es el *buen vivir*. Esta concepción y propuesta de la realidad integra las visiones universalistas y particularistas de la modernidad y propone la explotación sustentable del medioambiente, aunque fundamentalmente instala la responsabilidad de esa sustentabilidad en un cambio en las relaciones sociales y no en la explotación capitalista. El *buen vivir* que reivindica RD es una occidentalización e intelectualización de la propuesta de los pueblos indígenas andinos (Vanhulst y Beling 2017). Esta occidentalización implica el diálogo entre autores como Wagner (2008) y Boaventura De Sousa Santos (Santos 2005).

⁴ Ver www.nodoxxi.cl [2 de marzo 2021].

⁵ Ver www.fundacionsintesis.org [2 de marzo 2021].

⁶ Ver www.rumbocolectivo.cl [2 de marzo 2021].

Este sector formula una crítica al modelo de acumulación basado en la explotación de materias primas y el desarrollo de los servicios y el comercio. Coherente con la propuesta de ampliación democrática, los intelectuales del Frente Amplio no tienen una propuesta cerrada, sino que plantean que la nueva constitución debe contener una definición mínima al respecto, que permita discutir socialmente cuál debe ser el modelo de desarrollo del país (Ruiz et al. 2021). En la dimensión política existe una crítica general al neoliberalismo y parte de la crítica, así como la propuesta, se fundamentan en las tesis de la economista Mariana Mazzucato. Mazzucato propone que, a diferencia del dogma neoliberal, el Estado debe asumir mayores responsabilidades en la economía por medio de la inversión (Mazzucato 2019a, 2019b)

3.

CONCLUSIONES

Nueva izquierda no es una definición política cerrada ni definitiva, sino una referencia que han utilizado las organizaciones para situarse en el espectro político en contextos históricos determinados. Para Chile hemos identificado dos momentos en que las nuevas generaciones se definen desde la izquierda. En ambos casos se establecen diferencias respecto a lo que ellos denominan izquierda tradicional.

Entre la nueva izquierda de los años sesenta y las de los años 2000, la principal diferencia es el alejamiento de la utopía socialista de la segunda generación; eso implica una diferenciación más radical respecto al principal partido de la izquierda tradicional, el PC.

Por otro lado, si las referencias de la nueva izquierda de los sesenta la orientaban a seguir una estrategia de poder distinta a la izquierda tradicional, no ocurre lo mismo con la nueva izquierda actual, la que coincide en la estrategia de copamiento de los espacios institucionales de la izquierda tradicional.

La adscripción de la nueva izquierda de los años sesenta al marxismo definió que sus referencias intelectuales fueran poco diversas, aunque ciertamente heterodoxas respecto a la interpretación de esta teoría. Si bien el marxismo es una propuesta surgida en Europa, fue la adaptación que hicieron los latinoamericanos en la teoría de la dependencia la que estos partidos receptionaron y convirtieron en estrategia y táctica. Así, las referencias intelectuales de la nueva izquierda de los sesenta fueron latinoamericanistas.

A diferencia de esto, la novísima nueva izquierda mira a Europa como experiencia histórica y encuentra en sus intelectuales las referencias teóricas para elaborar los análisis y propuestas para la realidad chilena. Incluso cuando se refiere a una de las categorías surgidas desde lo local —el *buen vivir*— su uso es una adaptación realizada por autores europeos.

En consecuencia, no existe una referencia intelectual única o central en la nueva izquierda del Chile reciente. Las propuestas derivan de fuentes diversas, que a su vez representan fielmente las diversas identidades que se han tomado las demandas políticas. Si las agrupamos, podemos clasificarlas como lecturas progresistas que, en lugar de resaltar las oposiciones entre intereses de clase —como lo hacía el marxismo—, buscan resaltar las demandas transversales. Ese progresismo es democrático, feminista y medioambientalista, elementos reivindicados hoy por sectores de casi todos los partidos.

BIBLIOGRAFÍA

Acha, O. 2015. Izquierda tradicional y nueva izquierda: algunas aclaraciones. *Herramienta. Revista de Debate y Crítica Marxista*. <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=2160> [2 de marzo 2021].

Acuña, M. 2010. Piensa Chile. Disponible en: <https://piensachile.com/2010/05/19/el-legado-teasrico-de-rodrigo-ambrosio/> [2 de marzo 2021].

Alvarado, E., Rivera, P., y Morales, R. 2019. Radicalizar la democracia desde los movimientos sociales. Los casos comparados de Podemos en España y del Frente Amplio en Chile. *Izquierdas* 48, 87-105. Disponible en: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492019000400087#fn6 [2 de marzo 2021].

Borón, A. 2004. Poder, “contra-poder” y “antipoder”. Notas sobre un extravío teórico político en el pensamiento crítico contemporáneo. *Tareas* 116, 93-116. Disponible en: http://salacela.net/es/wp-content/uploads/2019/04/116_e.pdf [10 de marzo 2021].

Cardoso, F.H. y Faletto, E. 1967. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Dos Santos, T. 1972. *Dependencia y cambio social*. Santiago: CESO.

Echeverría, M. 2013. *Antihistoria de un luchador: Clotario Blest 1823-1990*. Santiago: LOM Ediciones.

Emol 2017. Resultan sorprendente las similitudes entre Chile y España: Líderes del Frente Amplio y Podemos analizan su relación. *Emol*, 2 de diciembre. Disponible en: <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2017/12/02/885787/Frente-Amplio-y-Podemos-Giorgio-Jackson-y-Pablo-Iglesias-analizan-similitudes-entre-ambos-movimientos.html> [2 de marzo 2021].

Follegati, L. y Ferretti, P. 2020. Hasta que valga la pena vivir: violencia y reproducción social como claves de la emergencia feminista contemporánea en América Latina. *Anuario de la Escuela de Historia* 32. Disponible en: <https://anuariodehistoria.unr.edu.ar/index.php/Anuario/article/view/293> [2 de marzo 2021].

Gunder Frank, A. 1991. El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico. Caracas: Nueva Sociedad.

Holloway, J. 2002. *Change the World Without Taking Power: The Meaning of Revolution Today*. Londres: Pluto Press.

- Lozoya, I.** 2015. Theotônio Dos Santos, un intelectual revolucionario. *Izquierdas* 25. Disponible en: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-50492015000400011 [2 de marzo 2021].
- Lozoya, I.** 2020. *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno*. Santiago: Ariadna.
- Marini, R.M.** 1972. *Dialéctica de la dependencia*. Santiago: CESO.
- Mazzucato, M.** 2019a. *El Estado emprendedor*. Buenos Aires: RBA.
- Mazzucato, M.** 2019b. *El valor de las cosas. Quién produce y quién gana en la economía global*. Madrid Taurus.
- Moyano, C.** 2015. La coyuntura plebiscitaria: debates sobre los límites de la transición chilena y la crítica al neoliberalismo desde el campo intelectual de oposición 1987-1989 (14-40). En Pinol, A. (ed.), *Democracia versus neoliberalismo. 25 años de neoliberalismo en Chile*. Santiago: ICAL, CLACSO. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20160427114240/democracia.pdf> [2 de marzo 2021].
- Moyano, C. y Lozoya, I.** 2019. Intelectuales de izquierda en Chile: ¿De la politización a la tecnocracia? Debates sobre la función política y el ser del intelectual entre 1960 y 1990. *Signos Históricos* 21(41), 192-229. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1665-44202019000100192&script=sci_arttext [2 de marzo 2021].
- Partido Comunes** s/f. *Horizonte común: una democracia radical, feminista y popular*. Disponible en: <https://www.partidocomunes.cl/comunes> [2 de marzo 2021].
- Punto Final** 2002. La Surda, nueva Izquierda chilena. *Punto Final* 519. Disponible en: <http://www.puntofinal.cl/525/surda.htm> [2 de marzo 2021].
- Rivero, Á.** 2018. La ideología de Podemos: Comunismo, pérdida de fe y populismo. *Cuadernos de Pensamiento Político* 57, 15-22. Disponible en: https://www-jstor-org.ezproxy.usach.cl/stable/26412734?seq=2#metadata-info-tab_contents [2 de marzo 2021].
- Ruiz, C., Caviedes, S. y Ruiz, F.** 2021. *Desarrollo económico en Chile: Elementos para el debate constituyente*. Nodo XXI. <https://www.nodoxi.cl/wp-content/uploads/2021/03/Desarrollo-Economico-Chile-2.pdf> [2 de marzo 2021].
- Ruiz, C.** 2020. *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Santiago: Taurus.
- Santos, B. de S.** 2005. *Foro Social Mundial: Manual de uso*. Barcelona: Icaria.
- Vanhulst, J. y Beling, A.** 2017. El Buen vivir: una utopía latinoamericana en el campo discursivo global de la sustentabilidad. *Polis* 12(36), 497-522. Disponible en: https://scielo.conicyt.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-65682013000300022 [2 de marzo 2021].
- Wagner, P.** 2008. *Modernity as experience and interpretation: A new sociology of modernity*. Cambridge: Polity Press.

PREGUNTAS DEL PÚBLICO

Aldo Mascareño (moderador)

Muchas gracias, Alfredo e Ivette, por sus presentaciones. Quería hacerles algunas preguntas que nos han llegado. Una primera pregunta, dirigida a ambos, es de Patricio Hales. Pregunta si no creen que en la izquierda “estamos sumándonos a demandas polarizadas, estamos en deuda con una moderación política que no excluye mantener la radicalidad de lo social”. Agrega, además, si creen que en la izquierda “se ha degradado tanto en su elaboración teórica y cultural”.

También tenemos otra pregunta, de Bárbara Costello. Ella pregunta: “¿Por qué los regímenes de izquierda no respetan la libertad?” También pregunta: “¿Por qué en el caso de la insurrección en Chile el 18 de octubre no se asume la condición de revolución, y se disfraza de un movimiento de carácter espontáneo?” Para responder, comencemos por Ivette.

Ivette Lozoya

Respecto a si la izquierda ha abandonado o no ha tenido en cuenta la moderación política, la verdad es que yo no estoy de acuerdo con eso. Creo que hoy día tenemos una izquierda bastante moderada y que se concibe como tal dentro de la institucionalidad, que se defiende instalando el valor de la democracia en abstracto por sobre cualquier otra cosa; como si a la democracia en sí misma, sin importar su calidad, hubiera que defenderla. Me parece muy sintomático de esto —y aquí voy a entrar en la política más contingente— que cuando se firma el Acuerdo por la nueva Constitución, la izquierda no hace ninguna exigencia, y había millones de personas en la calle. La izquierda puso la institucionalidad por sobre las demandas populares.

Yo no digo que no se haya tenido que firmar el Acuerdo —no digo que sí tampoco—, pero el pacto para la nueva Constitución se firmó con millones de personas en la calle exigiendo la salida de Sebastián Piñera y exigiendo, además, transformaciones mucho más profundas. Pero se termina pactando un método para la nueva Constitución que no beneficia a la izquierda. No le permite sacar partido de la movilización social que existía en el país, la que no tiene la conducción de un partido político concreto, pero tiene una identidad histórica de la izquierda. En esto estoy muy de acuerdo con Alfredo: hay un imaginario, un sentido común que aparece en las canciones de Víctor Jara, aparece en los gritos de la izquierda. Por lo tanto, creo que la izquierda hoy día ha sido extremadamente moderada y —siendo bien pensada en cuanto a que sí aspira a transformaciones importantes— no logró capitalizar el movimiento social que se generó en octubre de 2019, y que no solo se circunscribe a Octubre, sino que sigue hasta la actualidad. Esto lo podemos ver en la polémica a propósito de la estatua de Baquedano.

Respecto a la elaboración teórica degradada, a mí me parece que dentro de la izquierda hay intelectuales muy importantes, que tienen un pensamiento, una reflexión y una producción relevante, pero que

no se asocian con la militancia. Hay una separación muy importante, hoy en día, entre la academia y los partidos políticos. Esto ha generado lo que algunos intelectuales han denominado la muerte del intelectual.

Hoy día existen *think tanks* que elaboran teoría, pero el insumo que entregan a los partidos políticos es más bien programático, táctico, más bien aportan elementos muy concretos. Lo que hoy día denominamos la nueva izquierda tiene, por ejemplo, en Nodo 21, un *think tank* muy importante. Hoy día se acaba de constituir oficialmente un nuevo centro de estudios de RD. El PC tiene a ICAL y, además, hay muchos intelectuales que son militantes también, que siguen siendo militantes del PC. Entonces, respecto a la degradación de la elaboración teórica, yo diría que lo que ha cambiado es que la práctica política se ha vuelto muy utilitarista. Uno puede reconocer en el pensamiento del Frente Amplio intelectuales o pensadores como Michel Foucault en su crítica al poder, como Pierre Rosanvallon con su concepto de nueva democracia. Yo creo —quiero creer, digamos— que no hay una degradación en el pensamiento. Lo que hay es una degradación de la práctica política, lo que genera la idea de que no hay pensamiento detrás. Una práctica política demasiado orientada hacia el utilitarismo.

Ahora, ¿por qué la libertad no se respeta en los regímenes socialistas? La libertad no se respeta no solamente en los regímenes socialistas, sino que tampoco se respeta en los regímenes liberales. El concepto de libertad es una cuestión abstracta. Es absolutamente situado y contextual. Esa es una crítica que la nueva izquierda le hacía al sistema soviético: el estalinismo se reconocía como un régimen opresor, por lo que se entendía que esa nueva izquierda aspiraba a una democracia popular donde la libertad estaría incluida. Pero claramente, así como hoy día los liberales entienden la libertad desde una perspectiva muy economicista, los regímenes socialistas o del socialismo real tenían sus propias aplicaciones de este concepto tan abstracto.

Respecto de la revolución, una revolución definida teóricamente propone una transformación social profunda. Y en la práctica se compone de levantamientos, acciones violentas, acciones no violentas. Pero en el fondo, el elemento central en la revolución no es el método, o la acción violenta o no violenta, o la mucha bulla que meta el que está tratando de hacer una transformación, sino el sentido transformador de la propuesta. De tal modo, hoy día creo que asistimos a un levantamiento social, un ciclo de protestas muy interesante, pero que no logra cuajar en una revolución. Por lo tanto, no comparto la opinión contenida en la pregunta. Estamos tan lejos de una revolución que, mirando la franja política, en realidad todos son feministas, todos son ecologistas, ciudadanistas. Solamente una derecha más extrema se diferencia en estas posturas, pero hay una concepción amplia de elementos propagandísticos o programáticos que evidencia que revolución no hay.

Aldo Mascareño

Muchas gracias, Ivette. Alfredo.

Alfredo Riquelme

A mí la verdad es que la izquierda que me ha interesado como historiador e incluso desde antes de serlo, como ciudadano desde que tenía 15 años, es decir hace 50 años, es aquella izquierda en la cual los límites entre el horizonte utópico o revolucionario y la socialdemocracia se difuminan. Porque creo que esa es la única izquierda que en el mundo ha demostrado ser compatible con la democracia, con la libertad, y que en el caso de Europa occidental logró, después de la tragedia inenarrable de la Segunda Guerra Mundial, establecer lo que hoy en día valoramos como Estado social y democrático de derecho. Esto es, sumarle al Estado liberal el reconocimiento de derechos sociales acompañados de políticas económicas de crecimiento y de políticas sociales de redistribución, además de una fuerte carga impositiva, que —hay que decirlo— difícilmente se hubiera logrado sin la amenaza revolucionaria, sin la gravitación del comunismo en el poder en la otra mitad de Europa. En medio de todas estas circunstancias, creo que es la izquierda democrática la que más ha logrado mejorar la vida de las personas. Pero no me refiero solamente a la socialdemocracia. Creo que los comunismos de Europa occidental —lo que después se conoció como eurocomunismo, sobre todo el italiano, el francés y el español— contribuyeron de manera determinante a generar Estados sociales y democráticos de derecho.

La izquierda revolucionaria, vieja o nueva, que persevera en la convicción leninista de que es la fuerza la que produce los cambios sociales —aunque hoy a veces parece reemplazar a Lenin por Carl Schmitt, lo que no deja de ser una paradoja por tratarse de un pensador vinculado al nazismo— la verdad es que a mí como ciudadano no me motiva. Y como historiador me ha resultado menos interesante, porque salvo en circunstancias muy excepcionales en que toman el poder, finalmente pierden las oportunidades de hacer cambios relevantes en la sociedad, a partir de un maximalismo que hoy día estamos también presenciando en Chile.

Yo creo que el estallido social no lo provocó ningún actor político; creo que el estallido social es, por así decirlo, “el castigo” al modelo chileno, ese modelo capitalista excluyente, que ni siquiera es capaz de garantizarle a los trabajadores pensiones mínimas. Y así podríamos citar una serie de otros ejemplos. Finalmente, todo eso reventó. Pero no lo hizo con un horizonte revolucionario.

Recuerdo, estando en el CEP, que Arturo Fontaine escribió hace muchos años un artículo muy interesante sobre el pecado original de la transformación capitalista chilena: haber sido impuesta por la fuerza en el marco de una dictadura. Creía sí que ese pecado original había tenido su bautizo con la democracia, con la transición democrática. Yo creo que el problema es que ese pecado original sigue vivo en lo que son las características excluyentes y conservadoras de este modelo económico-social que han persistido hasta el día de hoy, en la abismal asimetría del poder entre capital y trabajo. Todo esto condujo al estallido.

Este estallido no ha sido en sí mismo una oportunidad para ningún actor político, sino un problema que todos han tenido que abordar. Tampoco es que les haya sido ajeno a todos por igual; creo que en el estallido han participado actores políticos en sus distintas vertientes —desde las más pacíficas hasta las más violentas. Pero es todavía algo por significar, y creo que el único camino para encauzarlo en

democracia es convertirlo en la oportunidad para que en Chile haya un Estado social y democrático de derecho reforzado, por la vía constituyente.

En ese sentido, destacaría que la mayor parte de los actores políticos de izquierda —y cuando digo esto incluyo a los extraconcertacionistas y desde luego a los que han estado en la Concertación— optaran por el camino institucional y que no solo es institucional, sino que es el camino de la sociedad. Hemos visto millones de personas en las manifestaciones de octubre y noviembre de 2019, sobre todo pacíficas; luego hemos visto millones de personas votando en el plebiscito.

Respecto a lo que se me preguntaba en torno al PC en los años ochenta, prefiero no responderlo ahora, porque creo que lo que debería hacer al respecto es más bien reeditar o actualizar mi libro *Rojo atardecer*, en el cual dediqué muchos años —incluyendo los de la elaboración de mi tesis doctoral— a responder precisamente esa pregunta.

Aldo Mascareño

Muchas gracias, Alfredo. No se vayan todavía, tenemos algunas muy buenas preguntas que se las voy a formular de inmediato. Nos extendemos unos minutos más. Un espectador anónimo pregunta: “¿En qué momento y desde qué tradición ideológica penetra en la izquierda el concepto de ciudadanía? Porque no fue un término histórico en la izquierda”.

Después, Ricardo González interroga: “Considerando el gran fracaso de la izquierda chilena y continental de 1973 citado por el profesor Riquelme, ¿cree usted que en este instante esta nueva izquierda actual no está dando también una evidencia de desintegración tendiente al fracaso, al volver a proponer objetivos utópicos radicales tal como se hizo en el pasado?”

Marcelo Casals se dirige a Ivette: “¿Cuál es la relevancia del componente generacional en las llamadas nuevas izquierdas de los sesenta y en las nuevas izquierdas actuales?” Continúa Marcelo: “¿No será acaso que la propia concepción de nueva izquierda opera como un factor de diferenciación intergeneracional, particularmente de la generación joven?”

Juan Manuel Castro, para Ivette: “¿El programa de la Unidad Popular sería nueva izquierda o una izquierda tradicional?”. Y para Alfredo, del mismo José Manuel: “¿Cuánto queda de allendismo, como proyecto político y como símbolo de la izquierda tradicional, en la nueva izquierda actual?”

Manuel Gárate, para Alfredo: “¿Crees que existe una izquierda pro China hoy en día que vincula capitalismo y autoritarismo?” Manuel piensa en lo que pasa en Hong Kong y en la misma China.

Y finalmente Gonzalo Polanco: “¿Creen ustedes que la izquierda chilena hizo una reflexión profunda de lo que ocurrió en el mundo el año 1989 con la caída del muro de Berlín? Y si lo hicieron, ¿cuáles fueron las conclusiones de esa reflexión?”

Los invito a abordar algunas de estas preguntas y también a dar un cierre a sus presentaciones.

Ivette Lozoya

Voy a vincular las dos primeras preguntas: el concepto de ciudadanía y la relevancia de la juventud, o la tensión intergeneracional.

Cada una de estas nuevas izquierdas ha intentado hacer un aporte respecto a la definición del sujeto que tiene que desarrollar la transformación social. En el caso del MIR, por ejemplo, el sujeto eran los pobres del campo y la ciudad. Esto nos puede parecer poco novedoso, pero en realidad es novedoso en el contexto. El MAPU analiza y propone una estratificación social que hoy día —frente a la evidencia de que el sujeto revolucionario antes evocado no existe— no es real. En el último texto de Carlos Ruiz se plantea la existencia de una *masa emergente*, de un nuevo pueblo, disgustado; en su experiencia histórica se sintetizan todos los abusos sociales del neoliberalismo. Es decir, frente a la ausencia de una categoría, se reconoce el *ciudadanismo* como una forma de participar dentro de los márgenes de una democracia, intentando profundizar esa participación. Por tanto, el ciudadano no es aquel que solo vota, es aquel sujeto activo políticamente. Pero creo que la izquierda de hoy entiende —tal vez hoy día podría hacer un giro dentro de los eventos del 2019— que la transformación social producida a partir del golpe, sobre todo desde 1978 en adelante, es tan relevante, tan importante, que ya no se puede apelar a este sujeto revolucionario histórico y, por lo tanto, la izquierda reemplaza la categoría de clase por este concepto de ciudadano, que no tiene poca profundidad, tiene bastante profundidad, independiente de que uno esté de acuerdo o no. Yo soy crítica del concepto, pero no creo que sea superficial.

Efectivamente, estas nuevas izquierdas que van surgiendo son las nuevas generaciones a las que podríamos denominar hijos de la tradición de izquierda. Pero si uno analiza, observa revoluciones y transformaciones en el mundo, son los jóvenes los que las han liderado; por tanto, no hay novedad tampoco.

En relación con el carácter de la Unidad Popular, si pudiéramos considerarlo como nueva o vieja izquierda, en realidad, la respuesta es las dos. En ella confluye un proyecto de izquierda tradicional que insiste en esta idea de llegar al poder a través de la institucionalidad. Pero al interior de la Unidad Popular se disputan la construcción de poder los movimientos de la nueva izquierda que conciben la construcción de poder desde abajo hacia arriba —estoy hablando del propio partido de Allende— y los que la conciben desde arriba hacia abajo: desde el Estado que transforma la sociedad.

Por lo tanto, creo que la riqueza de la Unidad Popular es que coexisten estas dos lógicas, estas dos visiones. Ellas deberían históricamente haberse resuelto, pero ello no ocurre porque lo que acontece es el golpe. Si uno observa la realidad cubana, hoy día todavía existe esa lucha entre vieja y nueva izquierda, entre formas distintas de concebir el poder. Ellas siguen en esa disputa por el control de la institucionalidad o la construcción de poder.

Aldo Mascareño

Muchas gracias, Ivette. Alfredo.

Alfredo Riquelme

Creo que hay un tema al que no alcanzamos a darle toda la trascendencia que ha tenido; este es el gigantesco cambio que para la izquierda supone el derrumbe de los “socialismos reales”: la Unión Soviética y demás regímenes comunistas de su entorno que tenían un modelo político-económico similar. Esto en Chile incide de modo muy fuerte porque además coincide con la transición a la democracia.

La transición a la democracia chilena es, junto con la sudafricana, una de las dos transiciones a la democracia de la conocida ola que se inició en los años setenta, que tienen lugar post Guerra Fría. Esto la marca de manera muy fuerte. Y esto es lo que lleva a que haya una hegemonía ya no solo de la socialdemocracia, sino que también de ese giro liberal en lo económico de la socialdemocracia, que fue la llamada “tercera vía”, durante los años del cambio de siglo.

La “tercera vía” comienza a extinguirse en 2008, que es a nivel mundial lo que 2011 y 2018 fueron en Chile. Desde 2008, se ha venido desarrollando el derrumbe de cierto modelo económico global, el de las políticas neoliberales y del consenso de Washington. En este marco se ha producido un cierto renacer de la izquierda, de izquierdas renovadas o nuevas.

Personalmente tengo ciertas prevenciones con el uso a veces indiscriminado de patentes de novedad a determinadas expresiones políticas. Al hablar de las nuevas o viejas izquierdas, a veces los historiadores recogemos lo que no son más que formas de propaganda de algunos actores políticos de izquierda para contraponerse a otros. Creo que evidentemente siempre surgen “nuevas” izquierdas, en un sentido cronológico, y que hay algunas novedades. En eso coincido con Ivette al distinguir la novísima izquierda de lo que fue la izquierda en la época de la Guerra Fría. Y creo que el concepto de ciudadanía es central en este sentido.

La primera vez que descubrí el concepto de ciudadanía bien instalado en el discurso de la izquierda fue en la primera mitad de los noventa, cuando trabajaba en una ONG y me tocó viajar a Brasil. La noción de ciudadanía estaba en todas partes: desde folletos y libros hasta canciones. Creo que es un concepto muy importante y que marca un desarrollo interesante, pero está hoy en todo el arco de la izquierda, desde las más moderadas hasta las más radicales, aunque se le da contenidos distintos. Por ejemplo, hay nociones de ciudadanía que no se distinguen de la noción de “pueblo” entre marxistas ortodoxos, ultraizquierdistas o populistas que siguen estando interesados solamente en el sujeto colectivo, en la comunidad imaginada; pero cuyo iliberalismo o antiliberalismo los aleja de pensar en la ciudadanía como condición, atributo o derecho universal de individuos dotados de voluntad, razón y libertad.

Lo que me sorprende es que vuelven a plantearse los mismos dilemas. No es que haya una especie de obsesión de la izquierda por ciertos temas, sino que es un problema que plantea la propia transformación social y económica de un país. Es decir, el problema de articular acuerdos y el peso de las mayorías es un problema que la izquierda intenta resolver con sus lenguajes y conceptos, pero también es un problema de la derecha, y es un problema que hoy día en Chile está interpelando a todos los actores políticos, sociales e institucionales. Que antes de la pandemia este país por primera vez haya

tenido una explosión social que provocó cerca de dos meses de semiparalización del país —y en cierta medida hay cosas que continúan— nos muestra que hay un desafío enorme por delante. Lo peor que se puede hacer es pensar que ya pasó, y que podemos volver al *business as usual*. Yo creo que no es sensato imaginarlo. En este país tenemos que plantearnos una reforma política de gran calado; asimismo, una reforma económica y social redistributiva es imprescindible para evitar lo que he llamado una revuelta permanente, una especie de conflicto social prolongado, de persistente ingobernabilidad y creciente inseguridad ciudadana, lo que sería mucho más costoso que enfrentar ahora el problema y pactar las grandes reformas. Europa tuvo que atravesar el totalitarismo y la Segunda Guerra Mundial para decidirse a instalar el Estado de bienestar, para que se abrieran las élites económicas a hacer la contribución impositiva que les corresponde. Ojalá en Chile no tengamos que pasar por catástrofes análogas a aquellas. Estas son —a mi juicio— las alternativas reales.

Respecto a la pregunta de Manuel Gárate, creo que lo que podríamos llamar el modelo chino no entusiasma a la actual izquierda chilena, que parece percibir que este reúne lo más cuestionado del comunismo del siglo XX: el Estado totalitario, junto con muchos de los rasgos más cuestionables del capitalismo global. Aunque es, por cierto, un modelo exitoso, ello no lo convierte en ejemplar para una cultura política que ya no reconoce “hermanos mayores” como lo hiciera en el siglo XX con la URSS, Cuba o la propia China.

En fin, creo que los dilemas son muchos. La izquierda de los siglos XX y XXI ha sido uno de los grandes caminos que la humanidad ha trazado para abordar los problemas de la sociedad moderna. Su principal énfasis ha estado en abordar las horribles desigualdades del capitalismo, cuyo reconocimiento se ha extendido —por cierto— mucho más allá de la izquierda. El historiador francés François Furet —cuando ya hace mucho tiempo había dejado de ser comunista y se había convertido en un ilustre liberal— escribió que el problema de la sociedad moderna burguesa ha sido y sigue siendo que su principio de legitimidad —que es la igualdad— choca con su principio de dinamismo —que es el capitalismo— que, junto a la riqueza, produce y extiende la desigualdad.

Volviendo a la actual coyuntura chilena que ha rondado en esta discusión, creo que es muy anticipado hablar de fracasos de la izquierda o del Frente Amplio en este momento. Desde el 2011, se ha puesto en marcha en el país una nueva generación política de izquierda, con destacados liderazgos neoizquierdistas y comunistas. La respuesta definitiva a la pregunta sobre su éxito o fracaso comenzaremos a conocerla pronto cuando los votos empiecen a contarse, porque lo que determina el curso de la política no son solo las mejores o peores ideas de ideólogos o pensadores, sino cómo las personas, a partir de sus problemas y carencias, las acogen e inciden en la política al formarse sus propias opiniones y actuar en consecuencia. Afortunadamente, desde 1990 hemos recuperado la capacidad de votar.

Aldo Mascareño

Muchas gracias, Alfredo e Ivette, por sus presentaciones y sus respuestas.



CENTRO DE ESTUDIOS PÚBLICOS

Cada artículo es responsabilidad de su autor y no refleja necesariamente la opinión del CEP.

Director: Leonidas Montes L.

Editor: Juan Luis Ossa S.C.

Diagramación: Pedro Sepúlveda V.

[VER EDICIONES ANTERIORES](#)

